

¿QUÉ SE ESCONDE TRAS EL GRAN ROJO?

Si un grupo relativamente numeroso decidiese recorrer el desfiladero que conducía al Gran Rojo, debería disponerse en una fila vertical de una persona. El angosto camino, que además tenía una considerable pendiente, no permitía más, ni tampoco algún tipo de vehículo. Dos enormes montañas lo flanqueaban, enfrentadas en un duelo inmóvil y silencioso. El cielo de la mañana era de un blanco lácteo, solo manchado por aves de rapiña que merodeaban en busca de carne putrefacta de algún viajero incauto.

-Huele a sangre.

Tres hombres caminaban por ese sendero. Tres cuerpos delgados, enjutos, todo hueso y piel, vestidos con harapos que les cubrían a duras penas. Habían estado callados hasta que alguien rompió esa pausa alegando al peculiar olor.

-Parece que los dioses derraman aquí sus lágrimas de muerte.

Tras decir aquello Herpes, Sátiro levantó el alargado y flaco rostro hacia el cielo.

-Sólo cuando el cielo cierra sus puertas de algodón y es imposible ver la perla que se esconde detrás, esa inmensidad sin fin.

Llevaban dos días y dos noches caminando, sin descansar apenas para dormir o alimentarse. Arrastraban las piernas, finas y desnudas, por las puntiagudas piedrecillas que conformaban el camino, tal era el cansancio que soportaban. Llevaban muchas horas bajo esa monotonía marrón y blanca, y eso era desalentador.

-El Gran Rojo está cerca, lo sé, lo huelo, parte de él ya está entre nosotros, en el aire que respiramos- les alentó Merovingio.

Los otros no contestaban, absortos en el esfuerzo que sobrevenía al subir un sendero tan empinado.

-¿Qué os ocurre? ¿Vosotros sabíais lo que antecedió a esos reflejos escarlatas, no? ¿Acaso desconocíais que antes debíais enfrentaros a una subida escarpada?

-El sufrimiento del enfrentamiento crece cuando estás en los ardores de la batalla, no le concedas la importancia que no tiene.- aseguró Herpes.

-Una vez que nuestros ojos contemplen ese fuego hecho líquido, ese rubí derretido, esa pasión materializada, desaparecerá toda sensación de flojedad en nuestras piernas.- concluyó Sátiro.

Transcurría el tiempo, y aquel paisaje no se alteraba, todo era imperturbable como un helado bosque en invierno. Cuando el ánimo de los hombres casi iba a ser vencido, vieron como las paredes de piedra marrón desaparecían. Había cesado la opresión de las montañas: por fin un espacio abierto.

Un desvalido cartel que apenas se mantenía en pie llamó la atención de los aventureros. Se acercaron a él para poder leer lo que llevaba escrito:

“EL GRAN ROJO” encabezaba el texto en grandes letras mayúsculas. Y bajo de esto, en minúscula pero en gran tamaño: *“Lánzate, sumérgete, adéntrate en un mundo refrescante y colorido”*. Acompañaba a la invitación un dibujo que mostraba unos niños saltando a un gran lago de brillante color sangre. Ellos sonreían, y parecían felices, entusiasmados con la idea de remojarse en aquellas aguas. Bajo el Sol abrasador de la imagen, aquella parecía la mejor idea del mundo.

-Aquí no brilla el Sol, sin embargo- dijo para sí mismo Merovingio, pero olvidó la duda tan pronto como advirtió que sus compañeros no estaban junto a él. Los buscó, y no tardó en hallarlos. Los dos permanecían a unos metros de distancia de él, ante lo que parecía una especie de precipicio. Estaban totalmente inmóviles y absortos en algo que se hallaba más allá de sus pies, en un plano inferior.

Merovingio se acercó, y cuando vio al Gran Rojo, también se quedó paralizado. Era fácil describir lo que se veía, pero no por ello menos impresionante. Bajo de ellos, estimó que a incontables metros de distancia, aguardaba el célebre Gran Rojo. Una enorme masa escarlata brillante rodeada de montañas, instalada en la cuenca del valle. En la lejanía se apreciaba un paisaje remoto compuesto básicamente por más cordilleras montañosas. Lo más sobresaliente del entorno era una montaña, llamada Añatnom, singular por que parecía que algún gigante poderoso le había dado la vuelta: su falda estaba arriba, en lo alto del cielo, y su pico pegado a la base del suelo. Algunos decían que en realidad era el colmillo de un pétreo dios arcaico al que se le ocurrió morder a la tierra, con lo que perdió ese diente.

-¿De qué puede estar hecho este inmenso lago?- pregunto Sátiro.

-Parece que las almas de todos los mundos hayan sido sacrificadas para alimentarlo – respondió Merovingio –El Gran Rojo parece ser un lago muy voraz.

Un sutil rugir, similar al producido por los cereales cuando son mojados en leche, se escuchaba con creciente claridad. Conforme te situabas más cerca del precipicio, con más intensidad se percibía. Sin embargo, era algo tan débil que parecía nacer en la cabeza de uno.

-¿Oís eso? ¿O es mi desdichada y cansada mente la que se lo imagina?

Al saber que todos escuchaban lo mismo, fue fácil concluir que aquello realmente existía. Ese rugido casi subliminal era real, y estaba rodeado de un halo misterioso e incluso amenazador.

-¿Qué se esconde tras el Gran Rojo?

La pregunta de Herpes se quedó en el aire, flotando, nadie la cogió y le dio respuesta.

-Nadie que no se deje acariciar por él resolverá la cuestión.- dijo Merovingio - Luego de la caricia vendrá la fusión. Seguidamente, el conocimiento, y como guinda, la gloria. Pero antes de todo ello, el vuelo.

Disipó las pocas flaquezas que le restaban observándolo una vez más, antes del salto. Era curioso, por que el sol no brillaba en el cielo, pero El Gran Rojo refulgía y centelleaba. Aquello le concedía más atractivo.

Levantó los dos brazos, adoptando la forma de una cruz, y simplemente, se dejó caer. Se dejó manejar por la naturaleza, él ahora no conducía su cuerpo. Por otro lado, sus compañeros le habían imitado, ciegamente, venciendo a sus inseguridades pero sin saber realmente por qué lo hacían, por qué se dejaban arrastrar hacia lo desconocido.

“Está más cerca, viene a por mí con los brazos abiertos, como una ruborizada amante enamorada” pensó Merovingio, viendo como la superficie carmesí fino, tonalidad más suave que el granate, corría hacia él apresuradamente. El aire le golpeaba el rostro con fuerza, casi no podía abrir los ojos, pero él se esforzaba por mantenerlos un resquicio abiertos. Tal era su obsesión por ver cómo esa materia incalificable, que tal vez era sangre, le engullía y le daba paso a sus entrañas.

Durante un segundo, se sumergió en un mundo acuático y tibio. Y muy rojo. Sintió un leve golpe, luego un ruido de tela rasgada. No pudo evitar cerrar los ojos. Siguió cayendo, esta vez había dejado el medio líquido. “Voy a morir, esto conduce al infierno” se le cruzó en el pensamiento. Abandonó la idea cuando volvió a caer en el agua. Abrió los ojos. La travesía había llegado a su fin.

Merovingio se hallaba en un pequeño estanque también rojo. Se preguntó cómo podía ocurrir aquello si se había lanzado a un gran lago, pero vio que en cambio, se encontraba en un recinto cavernoso de dimensiones descomunales. Su parte superior estaba cubierta por

una especie de tela enorme, rota por tres puntos. Orificios por los que entraba la luz diurna, otorgando una atmósfera espectral de débil luminosidad. Debían de ser los agujeros que ellos habían abierto al caer. Al parecer no había Gran Rojo: todo se trataba de una artimaña por la cual se colocaba algo de líquido encima de la tela, dando la apariencia de un gran lago. Cuando alguien se lanzaba a él, rompía la tela, y el agua se colaba en la cueva por esos agujeros. Ni de lejos podía inundar el recinto, tan ingente era este, sino que se esparcía por toda su superficie, creando varios charcos.

Aquel lugar era la morada de unas criaturas de reducido tamaño, antropomórficas, vestidas con coloristas atuendos que le recordaban a los trajes que llevaban los payasos. Vestiduras deshilachadas, sucias de tonos ocres, con mangas y perneras desproporcionadas, adornadas con vivos azules, verdes, rojos, violetas y amarillos. Tenían una cabeza peculiar, alargada hacia delante, con dos diminutos ojos negros. Coronada por un cráneo liso, y rematada por fuertes mandíbulas. Había decenas, puede centenares, de ellos, correteando nerviosa y alegremente. Observó con mayor detenimiento dónde se había metido, y el horror se apoderó de su alma convirtiéndole casi en una estatua petrificada, incapaz de reaccionar. La cueva estaba repleta de artefactos de tortura o aniquilación. Instrumentos para decapitar, grandes estuches repletos de espinas en su interior para encerrar a algún desgraciado, o cuerdas enganchadas a poleas que al rodar estiraban las extremidades hasta el desmembramiento. Merovingio vio unos enormes tubos negros que formaban formas enrevesadas en el aire. Estaban enganchados en las paredes para soportarse, pero su orificio de entrada se situaba muy arriba, cerca de la tela superior, y era más ancho que el resto del tubo, al parecer para facilitar que alguien cayera en él. Luego descendía hasta pocos metros del suelo, donde estaba el orificio de salida. La trampa letal consistía en unas estacas de hierro que esperaban al desafortunado que cayese en esos largos cilindros. Merovingio

captó una forma que salía rápidamente de uno de los tubos. Como no podía ser de otro modo, se ensartó con unas afiladas estacas al topar con el suelo. Comprobó con pánico que se trataba de Sático. Buscando a Herpes, lo halló a cierta distancia. Había caído sobre unos colchones que estaban diseminados por el suelo para amortiguar el golpe. Estaba erguido y aparentemente en buen estado, aunque con gestos de dolor.

En ese momento un cosquilleo por la pierna derecha le llamó la atención. Miró en esa dirección y vio, a través del agua con pigmento rojo, o sangre, o lo que fuere (“en el fondo sabes que es sangre, no entiendo por qué niegas la evidencia” dijo una voz malvada en su interior, aquella que, aún proviniendo de él, no le importaba aterrorizarle), que un tipo de gusano gigante, de unos veinte centímetros de longitud, se había pegado a esa pierna. Inmediatamente se tornó en una sensación insufrible, avasalladora, que le recorrió la pierna hasta salir de su ser transformada en un grito de dolor. Reunió todas las fuerzas posibles para salir de ahí. Lo consiguió, no entendía cómo, sirviéndose de grandes brazadas, nadando con el límite de sus maltrechas energías. Empero, no pudo evitar que varios de esos gusanos se pegasen a su cuerpo, mientras huía desesperadamente del estanque.

Una vez fuera, trató de arrancarse esos demoniacos seres que habían tomado su cuerpo como enormes sanguijuelas. Consiguió desprenderse de uno que tenía anclado al brazo, no sin poder impedir que se llevase consigo un buen trozo de carne chorreante. La alimaña gozaba de unas considerables fauces pobladas de innumerables dientes aserrados, pero estaba desprovista de ojos, parecía. La lanzó con ira al suelo, donde permaneció convulsionándose.

No pudo desprenderse de más gusanos por que vio cómo esos pigmeos con alegres trajes se acercaban a él, y optó por irse a la fuga. Armados con todo tipo de utensilios ofensivos, tales como hoces, púas, garfios, serruchos, tijeras y tenazas de hierro candente,

representaban una feroz amenaza pese a su baja estatura, sensiblemente superior al medio metro, estimó.

Corrió despavorido sin destino fijo, sólo tratando esquivar a los crueles enanos, mientras se arrancaba el mayor número de gusanos posibles. Su miedo no hizo sino aumentar cuando vio el destino de sus compañeros: Sátiro había corrido la relativa suerte de no ser herido mortalmente por las estacas; sólo sus miembros habían sido perforados por ellas. Sin embargo, esos gnomos monstruosos le habían alcanzado y ahora le aplicaban un tormento abominable. Con un extraño artilugio similar a una ventosa, previamente introducido por el ano, le estaban extrayendo las entrañas. Herpes no podía considerarse más afortunado. Aunque los colchones en los que cayó le procuraron una ventura instantánea y fugaz, no tardó en ser interceptado por los horripilantes hombrecillos. Éstos le habían desnudado, y, sirviéndose de unas tenazas al rojo vivo, le estaban amputando los genitales. Otros giraban y saltaban a su alrededor, infringiéndole heridas con objetos cortantes.

Ambos morirían. Eso era irremediable y Merovingio no podía hacer nada por ellos. Así que lo más sensato sería procurarse una salida.

-La carne volvió a morder el anzuelo.

Preferimos si se trata de algún jovenzuelo.

El Gran Rojo es una trampa para extranjeros.

Los atrae como a los bebés los sonajeros.

El agua roja esconde un delicioso secreto mortal

por que en su interior aguarda de dolor una espiral.

Una cueva de seres hambrientos con ganas de jugar.

Piensan que la comida con originalidad se ha de preparar.

Por eso traspasan, cercenan, queman, cortan,

clavan, desmembran, socarran, y amputan.

Y sobre todo, se entusiasman cada vez

que algún incauto pica como un pobre pez.

Era una canción que los enanos comenzaron a repetir una y otra vez, alegres, mientras destrozaban y devoraban los cadáveres de los compañeros de Merovingio. Otros se encargaban de perseguirlo. En su huida, vio un peculiar artefacto. Se trataba de una especie de catapulta. Una ancha tabla de madera, con un soporte curvo bajo, colocado en la mitad de la tabla, otorgándole la apariencia de una balanza desequilibrada. Es decir, con un extremo pegado al suelo y otro levantado. Unos metros por encima del extremo erguido, había una piedra sujeta con una cuerda. Intuyó que, en caso de caer alguien en la parte baja de la tabla, aquella que tocaba el suelo, dejarían caer la piedra de arriba, con lo que se levantaría con fuerza el extremo del individuo desgraciado. Éste se vería impulsado hacia una pared forrada de estacas, donde quedaría enganchado hasta morir desangrado. De hecho, apreció con pavor restos humanos putrefactos colgados de esas estacas.

Se vio rodeado por varios enanos a los que no podía sortear. Habían formado un círculo a su alrededor, y lo estaban estrechando. Merovingio pudo así observarlos más de cerca. Sus ojos parecían dos pequeñas piedras de obsidiana incrustadas en esa cabeza alargada de color pálido, amarillento. Y sus bocas, armadas con diminutos dientes, se movían sin parar, ya fuera por risas o por el canto. Olía ya con claridad los sudores que emanaban, un olor fétido y putrefacto. Un olor a muerte.

Pensó que iba a vender cara su piel. Con una fuerza propia de la desesperación, específica de momentos cruciales, se arrancó uno de esos gusanos que se habían pegado a su cuerpo, sin percibir apenas el desprendimiento de carne que ocasionó eso. Acto seguido se lo lanzó a una de esas monstruosidades, aquella que le cortaba el paso. Acertó en pleno rostro, y el

gusano se le quedó pegado ahí. La víctima cayó al suelo, donde tuvo unas sacudidas. Luego se quedó inmóvil. El gusano parecía más hinchado, y se retorció de placer.

Merovingio se giró a tiempo para ver a otro pigmeo carnicero que le iba a atacar por su flanco izquierdo. Su cara de perro sonreía, y sostenía dos grandes tijeras con restos resecos de lo que parecía ser carne. Le propinó una patada en pleno estómago, que le envió hacia un compañero que estaba detrás de él. Los dos rodaron por el suelo, revolcándose y chillando de dolor. Uno de ellos fue a parar a una pequeña plataforma cuadrangular. Con la rapidez de un rayo, bajó un martillo del tamaño de una persona, ubicado junto a esa plataforma. El enano que había caído en ese letal dispositivo quedó aplastado. Desapareció bajo la cabeza del martillo. Sólo un creciente charco de sangre atestiguaba que ahí había algo.

Roto parcialmente el círculo de opresores, aprovechó para acelerar el paso e intentar salir de él antes que se recompusiera. Notó alguna vez cómo le herían superficialmente, minando sus fuerzas, pero consiguió escapar de aquella pesadilla roja por una abertura realizada en una de las paredes. Comprobó que no le perseguía nadie. Quizás se habían cansado de una presa tan escurridiza y defensiva.

Se adentró en ese túnel excavado en la roca. Las fuerzas casi le habían abandonado y la amenaza parecía haber desaparecido, así que aminoró el paso. Allí estaba muy oscuro y silencioso. Apenas se escuchaban los sonidos de los pigmeos asesinos, sus risas y correteos. Una ligera sonrisa se dibujó en su boca cuando pensó que aquello le recordaba a una guardería infantil, con sus balbuceos y agitación. Una guardería de bestias, eso sí. Conforme se introducía más y más en ese laberinto se diluían los sonidos. Pasaron a ser un fantasma de los mismos, hasta que desaparecieron finalmente.

La oscuridad había alcanzado cotas absolutas y se topó con un muro de piedra que le derribó. Levantarse le costaba demasiado esfuerzo; decidió aguardar allí, sentado.

Todo se había acabado. Ya no había nada más que hacer. Rebelarse contra el destino era inútil. Él moriría allí, sentado en un túnel de piedra cada vez más frío. Quizás no fuese devorado por esos seres de ultratumba, pero sus restos se pudrirían con la única compañía de la soledad.

Se estaba helando. Haber sido atacado por esos gusanos gigantes prácticamente le había desangrado. Se había desprendido de ellos, pero no importaba, ya habían hecho su faena. Tenía miedo. No escuchaba nada. Descubrió que es preferible que tus sentidos capten algún sonido. En caso contrario, te sientes desamparado, no tienes ninguna referencia y desconoces lo que acecha detrás de las sombras. ¿Por qué no se escuchaba el más mínimo detalle? Empezó a llorar; al menos así podía prestar atención a algo.

¿Qué indescifrables misterios le depararía la muerte? ¿Por qué exóticos senderos discurriría? ¿Qué remotos lugares visitaría? ¿Qué sentiría cuando su alma se separase de la materia física y volase libre hacia el horizonte, perdiéndose en un rojo amanecer? Únicos atenuantes para un hombre que temía a esa dama de velo negro que te besa con agria dulzura mientras tu cuerpo cae en una espiral plateada.